

ÉTICA Y POLÍTICA EN UN MUNDO DESORIENTADO

José María Mardones. CSIC.Madrid.

Perseguimos unas reflexiones sobre la relación ética y política en el contexto de nuestro momento. Creemos que nuestra época actual pide a gritos más ética en la política para potenciar a la misma democracia política. Sin una elevación moral de la sociedad no parece posible dar el paso hacia una profundización democrática. La actual crisis de nuestro mundo es política y es ética. Y quizá, añadiría algún analista tildado en su momento de neoconservador como D. Bell, es por eso mismo una crisis cultural y hasta espiritual.

Una reflexión de estas características se inscribe dentro de la sensibilidad que busca actualizar la doctrina social de la Iglesia en el contexto de nuestro momento histórico. De la atención a los signos de los tiempos o, al menos, de la época, se infieren interpelaciones para nuestra conciencia cristiana y para la responsabilidad ciudadana y política del creyente.

I. DOS REALIDADES CERCANAS Y UNIDAS.

Ética y política están cerca y se hallan imbricadas. La ética se inicia ante el interés o preocupación por el otro y su vulnerabilidad. Supone un trascender el propio egocentrismo. Sin romper el cascarón de la preocupación propia no hay ética y sin un interés que salte sobre el individuo y el círculo estrecho de la familia no hay política. La ética y la política tienen una amplitud de miras y de preocupaciones que dicen relación con el bien del otro y de los otros extendiéndose en círculos sociales y públicos hasta los confines de la humanidad. Y hoy día, aún más allá, porque somos conscientes que lo humano no se puede desvincular de la vida.

La política supone el interés por los otros: es “cuidado de la existencia” como diría H. Arendt, una existencia que mira al bien común, público o general.

Aristóteles ya vio la afinidad entre ética y política. Para este autor, la organización de la vida colectiva humana tenía que ver con la “vida buena”, con la ética. Sin ética no hay política. No puede haber una auténtica preocupación o cuidado por el interés general de los demás que no conlleve una dimensión de responsabilidad por la situación de vulnerabilidad y desvalimiento del otro ser humano.

La ética ofrece una sensibilidad, unas actitudes, para la solución de los problemas, pero no los soluciona. Es la política concreta, mediada por los análisis de la realidad y con sus decisiones, leyes, derecho, aplicaciones técnicas, etc., quien ofrece las respuestas a los problemas de la sociedad. La ética sirve de orientación y señala unas actitudes al hombre de la polis que quiere solucionar pragmáticamente unas cuestiones. No valen todos los medios ni se puede justificar el uso de cualesquiera métodos para alcanzar algún objetivo. La ética mantiene a la política dentro de los límites de lo humano y la ayuda a no caer en la barbarie del uso de la violencia, la manipulación o cualquier otra de las tentaciones que rondan al poder y que conducen a la negación de la verdadera política. La ética así entendida es como un vigía de la política que quiere ser realmente humana.

También la ética se enriquece con la política. Ésta le ofrece un panorama de preocupaciones y un ejercicio de visualización de necesidades y problemas. La política agudiza el sentido y amplitud de la ética. Le permite ver hasta qué punto las contradicciones sociales impiden al ser humano ser tal y cómo la vulnerabilidad humana se enrosca en sus propias realizaciones, en sus mismos intentos de vida buena en común, en sus avances pretendidamente dirigidos al bien de todos.

Conviene recordar al inicio de una breves reflexiones sobre la relación entre ética y política, que en unas sociedades pluralistas y democráticas no hay una única cosmovisión y, que por tanto, no hay una única ética del bien o de la vida buena. La ética de las sociedades democráticas es una ética sin referentes trascendentes, funciona sólo con ciertos “tabúes” (L. Kolakowski) o “supersticiones humanitarias” (J. Muguerza), como la dignidad humana, etc, que se pueden entender como secularizaciones de sacralizaciones o conceptos religiosos como el de “hijos de Dios”, etc. De ahí que la ética de las sociedades democráticas y pluralistas sea una ética de la justicia, como insiste J. Habermas y será formal y de mínimos como dice entre nosotros A. Cortina.

Y recordemos que la política de las sociedades modernas es la política democrática liberal, formal y representativa. Éste es, al menos el paradigma de lo político en nuestro ámbito occidental actual, por más en crisis o necesitado de profundizaciones y retoques que se le diagnostique. (R. Dahl).

Conviene reafirmar una vez más que la política es el ámbito de la libertad (H. Arendt). De ahí que la política sea fruto de una lucha sin tregua entre dominación y libertad. La política busca la salida de la dominación y se sitúa del lado de la emancipación. Por esta razón, hay una estrecha vinculación entre política y teoría crítica de la sociedad, que siempre estará impulsada por un afán moral de justicia.

II. POLÍTICA ACTUAL Y ÉTICA

En las actuales democracias prima el principio de la *incertidumbre democrática*, es decir, se funciona según los principios de la autonomía y la libertad. Las decisiones se toman mediante diálogo y transacciones o acuerdos mayoritarios o de todos. La legitimidad de unas leyes se mide según lo que J. Habermas llama el principio de la universalización de los intereses, medido en el debate público. Las leyes democráticas serían las leyes o normas aceptadas por todos porque expresan los intereses de todos los afectados. Un principio elevadísimo, como se ve, que implica de fondo un fuerte elemento moral: sólo se puede justificar, es decir, se reconoce justa a una norma, si es expresión de un interés que sea generalizable para todos.

Desde otro punto de vista se ha señalado que en estas sociedades democráticas falta un “bajo de fondo” (I. Kerstens) o concepto asumido de bien. Bien, en una sociedad democrática, es lo que digamos que es bien mayoritariamente. Quizá por ello, como denuncia este autor, no hay capacidad para señalar el mal con presteza y acuidad y, éste se camufla o se espectaculariza.

Crece un cierto conformismo en las masas que es una verdadera infección para la democracia. Esta no corre peligro por la rebeldía, como a menudo nos quieren hacer creer los políticos preocupados por las críticas y la oposición, sino por todo lo contrario: es la dejación ciudadana la que pervierte la política democrática y hace pensar más que en la creación de un espacio de libertad surgido en el foro abierto de la discusión sobre lo adecuado o no de las “prácticas políticas”, en un redil totalitario de borregos manipulados o conducidos inconscientemente.

Los sucesos de los años 80.

Los sucesos acontecidos en la política europea en los años 80 (corrupción de los políticos, financiación ilegal de los partidos, etc.) han llevado a una crisis moral de la política y al desprestigio de los políticos. La política se presenta como un lugar peligroso y “sucio”. Los jóvenes y muchos ciudadanos se desenganchan de la política (de partidos) como un acto de limpieza moral. Entre los jóvenes españoles solamente el 4% tiene algún interés en la política. Algunos como R. Dahl preconizan ante estos y otros fenómenos propios de la política de la postguerra, como la oligarquización de los partidos, la espectacularización de la política, etc. una “tercera revolución democrática”.

Sin una profunda revisión y profundización democrática, la política yacerá en la vida lánguida de las elecciones cada cuatro años y en la dejación y desentendimiento ciudadano respecto a la política en un sentido fuerte, más allá de las medidas que afectan a los bolsillos.

La caída del muro de Berlín

La caída del muro de Berlín representó el fin de la pasión política y la salida del tiempo ideológico. Fin, se dice, de las políticas mesiánicas y de la “religión política”. La caída del “socialismo real” arrastró consigo a todo el socialismo. Ni siquiera como utopía ya parecería digno de mantenerse la defensa de unas políticas de bienestar social, de defensa de un cierto igualitarismo y de la eliminación de la pobreza mediante políticas sociales.

Un neoliberalismo que hace del mercado la medida de la racionalidad económica y de las aritméticas de las ganancias el éxito de la política, socava cualquier política social y nos devuelve a un capitalismo depredador e instaurador de desigualdades gigantescas y de una exclusión social a nivel de continentes enteros. Las estadísticas del PNUD nos indican con puntualidad burocrática el avance de la concentración del capital en el mundo y de la escalada de la desigualdad. Casi 3.000 millones de seres humanos viven bajo condiciones que no son consideradas humanas.

Predomina en la política un pragmatismo obsesivo y abusivo que le ha quitado tensión moral a la política democrática.

Desde entonces hizo crisis o se declara el fin de la política de las grandes visiones o palabras (F^a. de la Historia). Su lugar lo han ocupado radicalizaciones del “fin de las ideologías” (D. Bell) de los años 50, como el “fin de la historia” (F. Fukuyama).

Se generaliza en la política un tono desabrido y maniqueo (Guillebaud) que sustituye con tono altisonante y de dualización las diferencias a veces mínimas de las diferentes

propuestas de partido ¿Caminamos hacia un “fascismo de centro”, nos preguntaríamos provocativamente con Martin Lipset?

Las ilusiones del 11 de septiembre

Después del 11-S la política, que estaba ante una ocasión de etizar la globalización (A. Giddens), más bien ha instaurado un imperialismo que ha socavado la costosa legitimación mundial fundada en el consenso de la ONU, ha introducido en nombre de la seguridad recortes en las libertades de los ciudadanos y síntomas de una “dictadura” democrática.

Se sospecha, cada vez con mayor fundamento, que el 11-S no ha diseñado una estrategia nueva, sino que sólo ha supuesto la reformulación de procesos más antiguos y de decisiones ya adoptadas tanto sobre Oriente Medio, como sobre Palestina, Irak e incluso sobre la política interior estadounidense (Olivier Roy). El debate estratégico sobre el terrorismo ha terminado conduciendo hacia una clave de lectura donde la moral política naufraga: los desafíos petrolíferos, el fondo neoconservador religioso de los asesores norteamericanos, la labilidad de la política norteamericana, las opciones estratégicas de la política republicana de liquidación a cualquier precio de Saddam Husein, la presión sobre Irán, el sostén a la política del Likud en Israel, se muestran como las verdaderas reglas interpretadoras.

Incluso asistimos a una ideologización maniquea que recuerda mucho al de la Guerra Fría. Se hace uso descarado de una “teologización” de la política o uso político de la religión: “cruzada”, “justicia infinita”, “eje del mal” -que tiene resonancias del “imperio del mal” aplicado por R. Reagan a la URSS-, al que se responde desde la parte islámica con el “Gran Satán” y la “guerra santa”, expresiones ambas de una verdadera fanatización del bien (propio), o mejor un uso maniqueo de la visión internacional

La necesaria elevación del nivel moral de la sociedad.

Vivimos amenazados por el peligro general y no localizado. Los elementos constitutivos de la sociedad moderna (desde la tecno-ciencia hasta la burocracia) son vistos en su ambigüedad radical: están produciendo ya tantas disfuncionalidades y amenazas como aportaciones. Si esto es así, entonces es la sociedad misma que tenemos y estamos construyendo nuestra principal amenaza. El riesgo nos rodea con el estilo de vida creado. Urge cambiar de estilo de vida, de sociedad, si queremos superar el riesgo latente en que vivimos.

Ante los problemas de *la sociedad del riesgo* (U. Beck), contaminación, tráfico, soledad de los ancianos, integración de los inmigrantes, drogas, ... crece la conciencia de que los problemas de estas sociedades modernas y democráticas no se solucionará con mera ingeniería social. Se precisa una *elevación del nivel moral* de la sociedad (C. Offe), ya que supone cambiar el estilo de vida. Se requiere elevar la participación e interés de los ciudadanos, la capacidad de atención y solidaridad para con los ancianos solos, la tolerancia y apertura hacia el estilo de vida de los inmigrantes, cambiar las relaciones de dependencia hombre-mujer por otras donde predomine la confianza y la amistad, impulsar un estilo de vida más austero y menos consumista, repetuoso con la naturaleza y solidario con los pueblos pobres, ... En suma pedimos una revolución moral y de los valores.

En este sentido la construcción de la sociedad democrática de mañana, la Europa de mañana, requiere algo más que soluciones tecnoeconómicas. Una sociedad y política de predominio cuantitativo (lo mediático, tecnoeconómico y numérico) no será la salida. Sin memoria histórica y sin propuestas éticas y humanas no habrá verdadero avance social ni solución de los problemas de fondo de esta sociedad.

III. ÉTICA Y NUEVA POLITICA.

Tras el final de la política de las grandes palabras ¿qué está apareciendo? La “*nueva política*” surge alrededor de cuestiones éticas y culturales, defiende A. Touraine. Son las cuestiones de la vida (bioética, gentecnología) y de la muerte (eutanasia), de las relaciones de género, de la integración social de los emigrantes, de la identidad, de las relaciones con la naturaleza, de los derechos humanos, etc., donde surgen los problemas que interesan a los ciudadanos y la opinión pública.

Actualmente estas cuestiones están asumidas más que por los partidos por los Nuevos Movimientos Sociales (=NMS) (eco-pacifismo, feminismo, derechos humanos, crítica a la globalización, ...) y tienen carácter pre-político. Crean las condiciones de una sociedad con un estilo de vida que propugna el interés, la participación y la responsabilidad ciudadana, aspectos que caminan en la línea de una profundización democrática.

Ahora bien, como ha señalado E. Morin y otros muchos, la debilidad de los NMS es su escasa institucionalización, su dispersión y lo variopinto de su militancia. Pero, no hay duda que expanden una sensibilidad por todo el cuerpo social y no permiten ya que impunemente predominen conductas machistas, anti-ambientalistas, xenófobas, de exclusión social, etc. Los NMS han logrado hacer vergonzantes prácticas hasta ayer casi generalizadas en nuestra sociedad.

La importancia de la sociedad civil y del ciudadano

Esta nueva política concede un gran lugar al ciudadano y a la sociedad civil. Es desde la movilización de la conciencia desde la que puede tener futuro esta nueva política, así como desde la movilización de movimientos sociales capaces de expandir esta sensibilidad y sus propuestas.

En el fondo, se está postulando un cambio de *relaciones*, de estilo de vida que presupone una elevación moral de la sociedad. Cambiar las relaciones con el *otro*: naturaleza, mujer, emigrante; otra raza, color, religión, lengua, cultura, ... Este cambio de relaciones señala un cambio de perspectiva, de mirada sobre el mundo y la vida (cosmovisión) y consiguientemente de valores y de moral. La educación puede jugar aquí un papel importante, como los medios de comunicación de masas y los estilos y estereotipos (o prejuicios) que difunden. Sin olvidar, claro está, los movimientos sociales que los encarnen e impulsen.

Función de la crítica social y de la educación.

Dada la relación entre política y vida buena (Aristóteles), la política tiene que ver con la educación (H. Arendt) para esta vida buena, es decir, para el ser, para la creación de

actitudes, de talante, etc. del ciudadano. De ahí la importancia de la pedagogía social, y de la crítica social de los que hagan ver la realidad: las carencias y las dominaciones, o las posibles salidas o formas de vida alternativas hacia la libertad y la emancipación.

De nuevo recuperamos, por este lado, la función del intelectual y del místico. Pedagogos, poetas y religiosos, junto con los críticos sociales, pueden ayudar a forjar esta educación cívica que permita el salto hacia delante en el cambio de las relaciones y en la elevación moral de esta sociedad. Propician el cambio y la profundización democrática.

Nuevos lugares para la sensibilidad de la doctrina social católica

Si ya Luis Vives y Tomás Moro vieron claramente que una sociedad donde existían pobres, pudiendo eliminarse, no era cristiana, hoy día, qué diríamos en nuestras sociedades llamadas del “mundo occidental cristiano”, ricas en posibilidades de eliminar el hambre y la pobreza en el mundo y que especulan con la marginación de continentes enteros. De cristianas no tienen ni la referencia.

Si, por otra parte, alguna objetividad existe en el diagnóstico de nuestro momento y en la urgencia de la sensibilidad que expresan lo mejor de las tendencias sociales, habrá que decir que, de ahí mismo, surge una interpelación a nuestra Iglesia y a nuestra conciencia creyente. La misma Doctrina Social de la Iglesia queda emplazada a escuchar y hacerse eco de estos clamores de nuestra época, donde, como ya señalara el Concilio Vaticano II, pugna el impulso del Espíritu, aunque, se encuentre latente en medio de las búsquedas ambiguas de los hombres de nuestro tiempo.

IV. ÉTICA, POLÍTICA Y RELIGIÓN.

Desde los noventa, se declara que estamos ante el fin de las “religiones políticas” de tipo mesiánico. Se denosta lo mesiánico como peligroso tanto en la política como en la religión. Su vinculación aparece como mortal de necesidad.

Ahora nos hallamos ante el surgimiento de una religiosidad de tono fundamentalista o neotradicionalista que, algunos como S. Huntington, ven como la consecuencia de los “traumas” (desarraigo social, explotación, pérdida de identidad) causados por la modernidad capitalista neoliberal y adecuada al funcionamiento del sistema neoliberal. Además, asistimos a una teologización de los conflictos mundiales o pretendido “choque de civilizaciones”.

Devolver la laicidad a la política.

La tarea actual del creyente y del verdadero hombre secular coinciden: devolver la laicidad radical a la política. No tolerar que se nombre como Absoluto nada de este mundo (ni patrias ni honores) a lo que se les sacrifique la vida. Tampoco nada que se presente como querido por Dios y que induzca a la violencia y la muerte o vejación de los demás.

Hay que descubrir lo que encubre esta utilización ideológica de la religión por parte de la política (C. Lefort) y no tolerar el uso enmascarador, y menos deshumanizador, que

se hace de la realidad por medio de la religión. En este sentido hay una responsabilidad moral y religiosa en defender una verdadera condición laica de la política. Ésta se tiene que validar y justificar mediante razones y prácticas meramente políticas.

Contra el maniqueísmo en todas sus formas

Hemos indicado que el peligro actual de la política es la utilización de “estrategias de envilecimiento”, de olvido, de supresión de derechos, de sospecha del otro, inseguridad y miedo generalizados, etc. que degradan la democracia y la conciencia del ciudadano. Una verdadera actitud ética, religiosa y democrática deben oponerse y denunciar esta estrategia.

Actualmente la fragilidad de la democracia se percibe por este flanco de su erosión en nombre de la seguridad. La libertad fenece a manos del miedo y su manipulación interesada. Urge la movilización de las conciencias ciudadanas y la denuncia de estas prácticas antidemocráticas que inclinan a la sociedad hacia actitudes totalitarias veladas.

Religión y democracia

El nuevo uso político de la religión plantea un problema muy hondo: ¿es cierto que la democracia se sustenta sobre el mero consenso racional o argumentativo de los ciudadanos? ¿No existe un fondo de tradición y memoria que la remite a una dimensión sagrada (J.B. Metz)? ¿Estamos ante la plena secularización?

Defendemos la laicidad de la política, su autonomía (relativa), pero frente a la claridad de ilustrados y de “integristas”, merece la pena el lanzar la sospecha de una relación compleja, que se resiste a la mera adscripción a una vinculación religiosa directa, pero tampoco se desdice, tan drásticamente como algunos quisieran, de una vinculación con lo sagrado.

Religión, solidaridad y sufrimiento

El culto a Dios va vinculado en la tradición bíblica con la solidaridad con el hermano en necesidad. Lo sagrado es el ser humano. Desde la tradición profética y desde Jesús de Nazaret queda claro que no se puede agrandar a Dios al margen de la preocupación por el huérfano, la viuda y el extranjero. La primacía de la ética en el reconocimiento de Dios, tan enfatizado por E. Levinas, es una verdad elemental del cristianismo.

Pero, como todo lo obvio, se olvida fácilmente. Ninguna afirmación como ésta es tan central ni corre el riesgo continuo de ser más marginada por los creyentes. De ahí la vigilancia y cuidado que debemos tener con este núcleo de la fe bíblica y cristiana.

Desde este centro de la fe encarnada se expande el cuidado por la realidad humana en general y por la política como concreción de esta preocupación. La dimensión política de la fe es inerradicable. La ética en cuanto cuidado de lo humano en necesidad sería la expresión personal y colectiva de la piedad encarnada. Hay una vivencia religiosa de la ética y de la política.

Hoy las llamadas y desafíos de nuestro mundo son enormes. Alcanzan al mundo entero, al planeta en su totalidad. Nada humano puede estar fuera del cuidado y preocupación

del creyente. Y lo humano se encuentra prácticamente imbricado con la vida y la naturaleza. Hemos indicado algunos de los clamores de esta situación actual. La mirada al sufrimiento de nuestro mundo, a sus deshumanizaciones y riesgos nos pone en la pista de lo que debe atraer más nuestra atención y cuidado.

Es desde esta perspectiva desde la que debe mirar siempre el creyente. Mirando hacia las víctimas de cada momento epocal tenemos la casi seguridad de no errar en los lugares que exigen atención y cuidado. Fijando la atención en los mecanismos y factores implicados en su sufrimiento avanzaremos, al menos crítico-negativamente, en la erradicación de las causas del dolor injusto y colaboraremos en la humanización de nuestro mundo.

Bibliografía básica.

- H.Arendt, *¿Qué es política?* Paidós, Barcelona, 2001
U.Beck, *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona, 1998.
D.Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo tardío*, Alianza, Madrid, 1977.
Th.Ferenczi (Drtor), *Religion et politique. Une liason dangereuse ?* Complexe, Bruselas, 2003.
A.Giddens, *The Transformation of Intimacy*, Stanford Univ.Press, Stanford, 1992
J.C.Guillebaud, *Le Goût de l'avenir*, Seuil, Paris, 2003.
S.Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997.
J.M.Mardones, *Fe y política*, Sal Terrae, Santander, 1993
C.Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid, 1988.
Olivier Roy, *Las ilusiones del 11 de septiembre. El debate estratégico frente al terrorismo*, FCE, México, Buenos Aires, 2003.
P.Tillich, *Pensamiento cristiano y cultura en Occidente. De la Ilustración a nuestros días*, La Aurora, Buenos Aires, 1977
A.Touraine/ F. Khosrokhavar, *A la búsqueda de sí mismo*, Paidós, Barcelona, 2002